

# Discurso en la Academia\*

*Gonzalo Rojas*

## Las sílabas

Y cuando escribas no mires lo que escribas, piensa en el sol  
que arde y no ve y lame el Mundo con un agua  
de zafiro para que el ser  
sea y durmamos en el asombro  
sin el cual no hay tabla donde fluir, no hay pensamiento  
ni encantamiento de muchachas  
frescas desde la antigüedad de las orquídeas de donde  
vinieron las sílabas que saben más que la música, más,  
mucho  
más que el parto.

## Señoras y señores

Difícil enhebrar la aguja lúcida en lo movedizo de esta ocasión. Yo los  
viera a ustedes en la peripecia.

Desde luego lo mío no será el informe para una academia sino la con-  
firmación de lo que habré dicho y repetido tantas veces: la poesía encarna  
en uno como por azar. Y es que uno no la merece a la Palabra. Se la dan  
porque se la dan. Será cosa de los dioses pero también del obseso de ser y  
más ser que anda en el mísero alumbrado del otro alumbramiento más allá  
de la madre, de la niñez a la reniñez, del vagido al velorio, y por ahí cosa  
más de fisiología que de metafísica, más de animal de instante que de loco  
de Eternidad, aunque siempre hice más unas pocas líneas de Teresa de  
Ávila, a unos milímetros de Gabriela.

«Tengo una grande y determinada determinación de no parar hasta lle-  
gar, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que trabajare,  
murmure quien murmurare, siquiera me muera en el camino, siquiera se  
hunda el Mundo».

\* *Sala Ercilla, Biblioteca Nacional, Santiago de Chile, 4 de noviembre de 2002.*

Lo que quiero decir es que encima de los ochenta –ya destemporalizado y desespacializado– sigo intacto, creo que sigo intacto, nadando en el oleaje de las pubertades cíclicas, de encantamiento en encantamiento y de desollamiento en desollamiento. Nada me desengaña y el Mundo me ha hechizado, sin insistir en la cuerda de Quevedo. Ni en la de Huidobro que nos hizo viejóvenes para siempre. No paso de aprendiz y el seso no me dio para letrado, ni menos para el fulgor encandilante de estar aquí. Pónganse en mi caso, es que no lo merezco ¿qué lo voy a merecer?

Alone, *pontifex maximus*, me echó fuera del planeta el 48, ¿cuál sería ese domingo mercurial? –«Al paso que van, las letras nacionales no prometen nada bueno». Epitafio antes de nacer, la vanidad se cura a la intemperie como las grandes heridas y además mi libro se llamaba la *Miseria del Hombre*. Escarnio pide escarnio, y es bueno que a uno le digan no. No, porque lisa y llanamente no, y basta. Mucho sí te encumbra y te envilece. Ah, y otra cosa en esto de escribir y difundir: demórate demorándote todo lo que puedas, ritmo es ocio y sosiego, prisa para qué, *laudatio*, vitrina literaria, publicidad vergonzosa para qué. Este oficio es sagrado y no se llega nunca. Claro, uno cree que de repente dice el Mundo, y puede ser ¿por qué no? Cada 10, cada 5, cada 3, cada nunca, ¿por qué no? Se escribe y se describe, Kafka, Rulfo, Vallejo incomparable. El jueves 17, hace dos semanas, fui a dar a Licantén en busca de nadie. Allí nació un hombre, digan lo que digan, y allí mismo, muy cerca, mataron a Lautaro. Así que el único que sobrevive y sigue respirando en el paraje es el río Mataquito; con respiro libérrimo, ahí sigue diamantino y majestuoso. Pero también sigue el Macho Anciano en pie, como apostó siempre a vivir, mágico y arterial, convertido ahora en esa estatua de once metros, cortado en roble vivo, las gaviotas encima, entre el oleaje y el viento. Los grandes ríos arrastran la sabiduría. A eso fui a Licantén el jueves 17.

Naiden reempuje a naiden, cada uno es distinto pero todos vivimos imantados y no hay ningún origen original. La poesía debe ser hecha por todos y no por uno, decía Lautréamont. Más corto aún: todo es parte; nos nacemos los unos de los otros en incesante nacimiento. Recuerdo un diálogo con Benjamin Péret, figura mayor del surrealismo, en el París de 1953, anclados en algún bar en la alta noche del alcohol. Hablamos de todo: de Apollinaire, de Tzara, de Reverdy, de la primera hora del surrealismo y singularmente de Breton. Me cautivó su desenfado oracular casi riente y me sentí en plena afinidad con su persona. Adoraba a México donde había vivido algunos años con Remedios Varo, su mujer, la gran pintora.

Algo de lo que me dijo *el paisano de París* esa vez. A ver si recuerdo:

«El poeta actual no tiene otro recurso que ser revolucionario o no ser poeta, pues debe sin cesar lanzarse a lo desconocido; el paso que hizo la víspera no lo dispensa del paso del día siguiente, puesto que todo empieza cada día y aquello que adquirió a la hora del sueño cayó hecho polvo al despertar. Para él no existe ningún ‘seguro de vida’, sino el riesgo incesante: ni alabanzas ni laureles. Actualmente no puede ser sino el maldito.

El hombre primitivo –insistió– no se conoce todavía; se está buscando aún».

Al oírlo, Nadja salió como una aparición del fondo del espejo del viejo bar parisino: «La beauté sera convulsive ou ne sera pas». La belleza será convulsiva o no será.

A otra cosa, a otra cosa que me lleva a lo mismo de lo mismo, y más de alguien lo habrá dicho por mí: ¿qué se espera de la poesía sino que haga más vivo el vivir? No me gusta hablar de lo inhabilable. Repito lo de Cyril Connolly: –«Los poetas hablando de poesía nueva: chacales gruñendo en torno de un manantial seco». Curioso: Wallace Stevens dice por ahí: «El poeta llega a las palabras como la naturaleza a los palos secos». D’accord, Stevens, la imaginación es el genio, pero ¿qué es la imaginación? De lo que escribe uno no sabe. Me atengo a un extraño poema que escribió mi mano sin que fuera mi mano, un texto –¿cómo decirlo?– dictado en la trepidación de una calle de New York, con el designio de *Tabla de Aire*:

Leo entonces:

Consideremos que la imaginación fuera una invención  
 como lo es, que esta gran casa de aire  
 llamada Tierra fuera una invención, que este espejo quebradizo  
 y salobre ideado a nuestra imagen y semejanza llegara  
 más lejos y fuera la  
 invención de la invención, que mi madre  
 muerta y sagrada fuera una invención rodeada de lirios,  
 que cuanta agua  
 anda en los océanos y discurre  
 secreta desde la honda  
 y bellísima materia vertiente fuera una invención,  
 que la respiración, más que soga y asfixia, fuera  
 una invención, que el cine y todas las estrellas, que la música,  
 que el coraje y el martirio, que la Revolución  
 fuera una invención, que esta misma  
 tabla de aire en la que escribo no fuera sino invención  
 y escribiera sola estas palabras.

Dije extraño por la cripticidad de estas líneas escritas literalmente por el aire. Me excuse Hans-Georg Gadamer. No me funciona el hermeneuta que puede haber en mí. Prefiero ser alerce espontáneo: ése dura. Alerce, príncipe de los árboles. Parece poesía pero casi todo es otra cosa.

En el principio no fue el logos, Juan de Patmos, como escribiste esa vez, ni tampoco fue la acción, gran Goethe, sino el mito, el mito indescifrable, fulgor y enigma, discútase como se quiera y como se pueda. El poeta es el guardián del mito y eso anda ahí en esa *Tabla de Aire*.

Ahora algo sobre la identidad del alumbrado que soy yo mismo, por insistir en el oficio mayor. Tápanse las orejas si me oyeron antes algo parecido.

Escribo cada día al amanecer cuando el duchazo frío me enciende las arteriolas del seso. Siempre me funcionó el crepúsculo matinal; el otro, el vespéral, mucho menos; será cosa de respiro imaginario. Porque de veras soy aire y eso tiene que ver con el océano del gran Golfo de Arauco donde nací, y también con las cumbres de Atacama donde (allá por mis 20 años) los mineros del cobre me enseñaron mucho más que el surrealismo: a descifrar el portento del lenguaje inagotable del murmullo, el centello y el parpadeo de las estrellas.

Permítame aclarar: yo tenía 20 años y estaba aquí estudiando en una facultad de letras en este Santiago capital de no sé qué, a unos metros del gran Huidobro a cuya casa solíamos concurrir algunos jóvenes para oxigenarnos. De golpe se me dio el hartazgo. ¿Hartazgo de qué? De nada, como es el hartazgo; en ese asomo al ser que dice Heidegger. Entonces me aparté de todo y me marché a las cumbres de Atacama en búsqueda de mí mismo como son todas las búsquedas o en busca de mi padre muerto, que casi siempre es uno mismo. Además él fue un minero que venía de mineros, de esos mismos nortes. Así, fui a parar al norte, en diálogo amoroso con mujer, una muchacha limpia y mágica de apellido británico, madre del hijo primogénito. Después, ya libre de academias y vanguardias vanguarderas, el viento de esas cumbres me lo dio todo.

Sé que me repito pero qué le voy hacer. Soy la metamorfosis de lo mismo. Y el país longilíneo es para la risa: se lo da todo a sus poetas: la asfixia y el ventarrón de la puna, el sol hasta el desollamiento, lo pedregoso y lo abrupto ¡y que lo diga Mistral!, el piedrerío, lo hortelano y la placidez, el sacudón que no cesa, y la fiereza de las aguas largas y diamantinas, los bosques donde vuelan todos los pájaros, ¡esos bosques! ¡esa hermosura que nos están robando del Este y del Oeste en nombre de la tecnolatría!, lo geológico y lo mágico de más y más abajo donde empieza el Principio, más allá todavía de lo patagónico y lo antártico. ¡Chile: *país vivido!* Como